

FERNANDA MATARRITA CH.
fernanda.matarrita@nacion.com

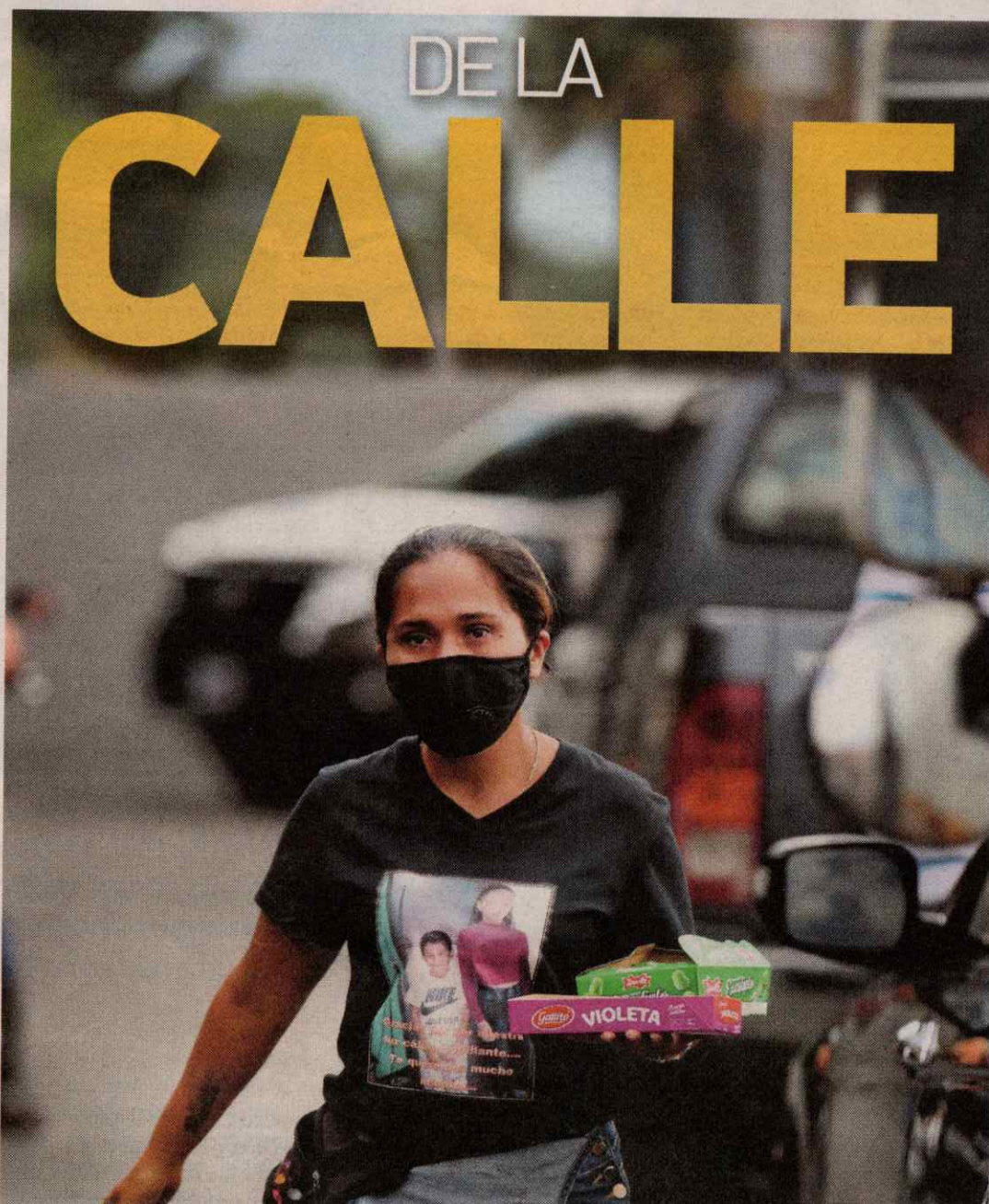
Jaqueline Eduarte lleva a sus hijos cerca del pecho, del corazón. Los niños están sublimados en una camisa negra que usa casi que a diario. Es su uniforme y un tipo de armadura en la que encuentra fuerza para trabajar y ganar dinero todos los días, aunque en los últimos meses se ha complicado todo.

Ella vende mentas, violetas y gomitas refrescantes de eucalipto en medio de la calle, al costado oeste de la rotonda de la Hispanidad en San Pedro. A Jaqueline muchos no le ven la cara, mucho menos su camisa especial.

Son casi las 2 p. m. de un viernes 13. A ella poco le importa lo que los supersticiosos dicen de que este día puede ser de mala suerte. Si decide ser negativa podría decir que las últimas semanas han sido así: nadie quiere comprarle sus productos, ni siquiera le bajan la ventana del carro para decirle “no gracias”. Si se va por el lado del optimismo, este día es uno más para “pulsearla” e intentar vender todo lo que pueda para completar una cantidad con la que pretende comprar ropa y regalos en Navidad a sus hijos. Me aclara que no le importa si no le alcanza para comprarse algún estreno para ella.

Es viernes y Jaqueline no solamente depende del áni-

EL CLAMOR



DE LA

CALLE

re que si hay una historia que debe ser contada, es la de ella.

—“¿Ya le contó que su papá es no vidente?” le pregunta a Jaqueline. Ella asiente, cohibida.

Jaqueline, de 28 años, es parte de las miles de personas que buscan ganarse la vida informalmente en el país como vendedores ambulantes. Datos del Observatorio de Comercio Ilícito de la Cámara de Comercio de Costa Rica arrojaron en el 2018 que solamente en el caso central de San José había unos 5.500. En la actualidad muchos de ellos, además de trabajar desde la informalidad y esquivar a la policía municipal que vela porque no obstruyan las vías, ahora lidian con las bajas ventas derivadas por el desempleo de la población y por el temor de las personas a acercarse e interactuar, debido al coronavirus.

DEL ROJO AL VERDE

Han pasado unos 20 minutos y muchos carros. Una garúa hizo al sol ceder. Solo un hombre se dignó a bajar la ventana automática de su Tucson vino para comprarle unos dulces a Jaqueline. Ella está en el carril del centro, en el derecho se encuentra su compañero Jairo. A él tampoco le ha ido muy bien. Su única ventaja en este día es que lleva un sombrero que también le cubre el cuello. Los rayos ingratos están de vuelta.

Otra vez la luz verde. La muchacha regresa a la baranda en la que le espero. Tiene ocho años de ser vendedora ambulante y ahora está aquí,

suerte. Si decide ser negativa podría decir que las últimas semanas han sido así: nadie quiere comprarle sus productos, ni siquiera le bajan la ventana del carro para decirle “no gracias”. Si se va por el lado del optimismo, este día es uno más para “pulsearla” e intentar vender todo lo que pueda para completar una cantidad con la que pretende comprar ropa y regalos en Navidad a sus hijos. Me aclara que no le importa si no le alcanza para comprarse algún estreno para ella.

Es viernes y Jaqueline no solamente depende del ánimo de potenciales clientes que conducen sus vehículos y que se han vuelto más escépticos en tiempos de coronavirus, también está a merced de un semáforo que cambia de color cada 30 segundos. En ese medio minuto tiene que aprovechar para ser encantadora, educada, sonreír con los ojos y convencer a todos quienes pueda de que le compren alguno de sus productos por \$300 (cerca de medio dólar). Ella lleva mascarilla y pasa como reflejo las manos por su overol para tenerlas limpias.

El semáforo cambió a verde. Los carros avanzan en sentido de norte a sur y su compañero de venta ambulante y pareja sentimental le brinda un par de sorbos de gaseosa con hielo en un vaso de papel. Él, quien prefiere no revelar su nombre, sugie-



Jaqueline Eduarte es vendedora ambulante en las calles de San Pedro, sitio en el que ahora recibe más negativas y solicitudes de no acercarse. Las personas temen contagiarse y evitan comprar, cuenta. En su camisa lleva la foto de sus dos hijos. ALONSO TENORIO

Trabajar bajo el sol o la lluvia y no tener seguro el almuerzo del día no es lo único con lo que lidian los vendedores informales y quienes piden dinero en la calle: la pandemia y el golpe a la economía han impactado negativamente a una población vulnerable que no ha dejado de luchar a la intemperie.

y muchos carros. Una garúa hizo al sol ceder. Solo un hombre se dignó a bajar la ventana automática de su Tucson vino para comprarle unos dulces a Jaqueline. Ella está en el carril del centro, en el derecho se encuentra su compañero Jairo. A él tampoco le ha ido muy bien. Su única ventaja en este día es que lleva un sombrero que también le cubre el cuello. Los rayos ingratos están de vuelta.

Otra vez la luz verde. La muchacha regresa a la baranda en la que le espero. Tiene ocho años de ser vendedora ambulante y ahora está aquí, trabajando en mitad de la calle por los cambios que ha traído el coronavirus.

“Yo vendía en los buses de Guadalupe. Surtía cajetas, turrone, gomitas de chaos (confites de menta). Desde que llegó el coronavirus y por las medidas sanitarias ya no se puede vender en los buses. Yo antes ganaba \$40.000 por día. Ahora vine aquí porque es difícil encontrar un trabajo. Piden muchos estudios y no los tengo. Solo tengo el sexto grado y me rechazan. Aquí en el semáforo cuando me va bien gano \$14.000, pero cuesta mucho. Hay personas que no nos ven, cuando nos acercamos dicen que no lo hagamos porque luego los contagiamos y nos cierran el vidrio en la cara. La verdad me siento deprimida”, confía Jaqueline, vecina de los barrios del Sur.

Dependiendo de cómo le vaya el día anterior, esta muchacha asegura comprarse